Martínez-Gamboa, Ricardo / *Vecinal*
Santiago: La Pollera Ediciones, 2026, 1ª edición, p 123, 13 x 20,5 cm.
Dewey: 864CH
Cutter: M385v
Thema: DNC - Memorias
Materia: 864CH - Ensayos chilenos
ISBN: 978-956-6502-19-7

© 2026 de la obra por RICARDO MARTÍNEZ-GAMBOA
© 2026 de la primera edición por LA POLLERA EDICIONES
Primera edición: noviembre 2026

LA POLLERA EDICIONES
ediciones@lapollera.cl
www.lapollera.cl

Impreso en Chile

Vecinal

Ricardo Martínez-Gamboa

A mi hermano, el mejor hermano que jamás tuve

Emma's house is empty so why do I call it Emma's house?

THE FIELD MICE

La puerta de mi casa

No sé cuántas tardes pasé esperando que mi mamá llegara bajo el arco de la entrada de mi casa en Vecinal 160. Empezaba a caer la tarde por los plátanos orientales y ella no aparecía. Y si le preguntaba a la Nancy cuándo iba llegar, ella se encogía de hombros y yo me sentaba en el peldaño que formaba la entrada justo al llegar a la calle, un peldaño rojo que relucía y tenía un penetrante olor a cera que me manchaba los pantalones. Tamborileaba con el pie en el suelo, siempre con el derecho. A veces aparecía alguien por la esquina y pensaba que era ella y por un momento me tranquilizaba, pero luego me daba cuenta de que no era, y volvía la sensación aquella, el miedo, la desesperanza.

No había nada parecido a esa sensación: una parte de mí se fracturaba y, de algún modo, así permanece hasta hoy. Miraba hacia una esquina, luego hacia la contrapuesta, y repetía el ejercicio con una sensación extraña en el estómago. Solo de grande supe que esa sensación se llamaba angustia. A veces prendían la luz de la entrada porque ya estaba oscuro, entonces, pasaba un viento helado por la calle que no solía tener mucho tránsito. Por eso podíamos jugar días enteros chuteando la pelota sin que ninguno de los vecinos tuviera que gritar "¡auto!".

Mientras seguía anocheciendo me iba poniendo cada vez más triste. Cuando por fin mi mamá aparecía a la vuelta de la esquina, la sangre me volvía a la cabeza y corría a abrazarla. Muchos años más tarde, entendí que esa sensación de espera,

la posibilidad de que alguien pudiera no volver, era algo con lo que se vivía en los setenta, cosas que a veces se escuchaban en la radio de la cocina, pero de las que nadie hablaba, porque no tenía sentido contárselo a los niños. Era tan ominoso que quizá ni los adultos eran capaces de procesarlo. Era como ese tamborileo sordo de la pierna, algo que se sentía a escondidas y en soledad.

Peluquería Parada

A solo dos cuadras de la calle Vecinal, estaba la peluquería donde me corté el pelo por más de tres décadas. Vi envejecer a los cuatro peluqueros a lo largo de los setenta, ochenta, noventa y dosmiles. Realmente creo que nunca vi a otras personas envejecer aparte de ellos y de los mozos del Tip y Tap. Durante mucho tiempo, la peluquería resultó lo único que fue sobreviviendo del barrio en el que crecí. El Diloc, un almacén en la esquina de El Bosque con Apoquindo en que vendían aceite de tambor, arroz y tallarines a granel, desapareció pronto (después del Golpe su dueño hizo reaparecer por arte de magia todos los productos).

Don Gino, que tenía la frutería al lado, mutó en dulcería y luego fue cooptado por una cadena más masiva y seguro está muerto. Ya era viejo en ese entonces. La panadería que estaba entre los peluqueros y el Banco de Chile cerró no sé qué año. Una vez bajamos con mi mamá y mi hermano al subterráneo donde se hacía el pan y los señores de blanco nos contaron que llegaban a trabajar a las cinco de la mañana, todos los días del año.

La botillería de la esquina contrapuesta al Diloc cambió muchas veces de nombre y la Librería El Quijote —el único lugar de Las Condes donde, en 1981, se podían comprar al mismo tiempo todos los útiles de las listas escolares— la derrumbaron. Ya no existe el barrio donde nací. Nada. No queda nada. La Peluquería Parada, en tanto, fue la última en bajar el

telón de esas dos cuadras de comercio. Los Parada, especialistas en el "corte colegial" o "regular-corto", se trasladaron a no sé dónde. Las casas de Apoquindo se convirtieron en edificios; Los edificios, esos edificios de torre y placa de los sesenta, o esos de ladrillo de cuatro pisos con celosías de los cincuenta, se transformaron en otros edificios, más altos, con más vidrios y sin locales en el primer piso.

Cuando yo iba de chico a los Parada, los caballeros siempre me sentaban en un cojín de cuero para que quedara más alto. Recuerdo que, a mis ocho años, traté de subirme a la silla, comprobar si ahora alcanzaba sin cojín, pero los peluqueros me retaron porque estaba ocupando el espacio de otra persona.

Algo se quebró ese día.

Ya no podía hacer lo que quisiera. De ahí en adelante tendría que pedir permiso para cada cosa que pudiera molestar a otras personas.

Pedroso y húmedo

A dos cuadras de mi casa pasaba el Canal San Carlos. Cuando iba al kiosko en el que leía revistas Disney, cruzaba un puente peatonal de madera desde un edificio de cuatro pisos con ladrillos rojos y celosías venecianas. Años después, botaron ese puente y tapiaron la entrada del edificio. No había muchos más puentes peatonales en esa época. El Canal era raro, su color café negruzco y una corriente que daba miedo. Cada vez que pasábamos por ahí, pensábamos que si nos llegábamos a caer no podríamos salir a la superficie y que la corriente nos arrastraría dando tumbos contra el cauce.

Una tarde de sábado, el papá del Talo, nuestro vecino del frente, nos contó que habían cerrado el Canal y que ya no estaba pasando agua. Llegamos ahí en nuestras bicicross. Era cierto, se veía por fin —y pilucho— el fondo. Era pedroso y húmedo. Quizá cuántas cuadras más arriba habían cerrado algún dique misterioso. Subimos por Tobalaba bordeando el San Carlos y en el puente de Lota entendimos por qué lo habían cortado. En medio de la calle cerrada estaba el cuerpo de un hombre tapado con unos plásticos, pero se le alcanzaba a ver una pierna y un zapato. Esa fue la primera vez que vi un muerto y supongo que la manera en que lo encontramos, en que lo encontré, fracturó mi infancia porque comenzó a haber algo más en la existencia. En la ciudad y en mi vida habitaba escondida la muerte y, cada uno de nosotros, podía alguna vez caer al Canal San Carlos y ser devorado por esas aguas que ya nos parecían un oasis.

Esa tarde entendí que la vida y la muerte estaban entrelazadas. Y así nos devolvimos a nuestras casas sin decir nada. El canal mataba gente, pero con mis amigos nunca volvimos a hablar de esto.

El kiosco de don Pedro

En la esquina de Tobalaba con Apoquindo, en la esquina sur oriente, a dos cuadras de mi casa, había un kiosco que fue mi segundo hogar por dos o tres años. Entre 1981 y 1982 iba todas las tardes, religiosamente, luego de salir del colegio, a pedirle a la niña que atendía que me dejara leer las revistas de Disney: *Disneylandia, Tío Rico, Mickey*, publicadas por Pinsel ("Publicaciones Infantiles Sociedad Editora Ltda."). La niña era extraordinariamente linda, una veinteañera de ese color castaño que se da en algunas mujeres y que es el color de pelo y de piel y de ojos más hermoso que puede haber en Chile. Pero yo no lo sabía: era un niño. Un niño obsesionado con las revistas Pinsel, que solo quería leer todo lo que saliera de esa editorial en el kiosco.

Me pasaba horas sentado en un taburete de diez centímetros leyendo las aventuras del Pato Donald y Tribilín. La niña hermosa seguía en lo suyo, atendiendo a las personas que pasaban, intentando calefaccionarse con un anafe de carbón, esperando algo que quizá todas las personas que trabajaban en los kioscos suelen esperar. Probablemente el amor. Yo tamborileaba el suelo esperando que la revista nunca se acabara, como si quedarse toda la tarde ahí fuera mi primera sensación de lo que era la libertad junto a alguien que no era de mi familia. Una tarde de invierno de 1981, la niña me preguntó si había tomado once. Sí, le dije, tomé una leche en mi casa. Ah, entonces puedes comerte un candy, dijo, y me ofreció uno de

damasco. Estoy seguro de que es uno de los mejores regalos que me han hecho en la vida.

Help!

El martes 9 de diciembre de 1980 hacía un calor de los mil demonios en Santiago. Habíamos cruzado con mi hermano a la casa del Talo, nuestro vecino y amigo del barrio. La casa del Talo era la única que tenía una piscina con forma de riñón, tan propias de la época, con ese concreto color calipso característico. Hacia el lado norte del jardín, en tanto, había un garage en que don Ernesto, el papá del Talo, estacionaba su auto Taunus (solo vi dos o tres Taunus más por aquellos días en las calles de Santiago), el que lavaba religiosamente con su manguera los sábados al atardecer. En ese mismo garage había una pequeña pieza de herramientas, un espacio para el maestreo de don Ernesto que años más tarde supe que era el origen de las *man caves* (ahí también don Ernesto guardaba cuidadamente sus números de "Mecánica Popular").

El asunto es que ese martes 9 de diciembre estábamos en la piscina escuchando la radio —creo que era la Concierto— y en algún momento dieron un EXTRA. La noche anterior, en Nueva York, alguien le había disparado a John Lennon. Con mi hermano no teníamos idea de quién era John Lennon, pero aquella tórrida tarde veraniega en Santiago lo supimos. Teníamos once y diez años y recién ese día conocimos a Los Beatles. La Concierto dedicó todo el resto de la jornada, hasta entrada la noche, a eso de las nueve y tanto, a pinchar canciones de la banda. Lo que sucedió después fue misterioso y mágico. En Chile y en el mundo se vivió un *revival* de Los Beatles. Y ese

revival se cimentó sobre dos casetes bien específicos: el Rojo y el Azul. El rojo se llamaba 1962-1966 y el casete azul se llamaba 1967-1970. Ambos eran compilaciones de éxitos y uno de los registros más accesibles en Chile.

Mi memoria no quiere recordar cómo llegó el casete Rojo a mi casa, pero lo que recuerdo como una de las emociones mayores de mi vida como auditor, fue una tarde, quizá de mediados de 1981, meses más tarde de aquel asesinato en Nueva York, que al poner el lado dos de aquel viejo casete sonó "Help!". Y fue una bomba termonuclear musical directo al corazón. "Help!" no sonaba a nada que haya escuchado antes. Era potente, rabiosa, desenfadada, eléctrica. Nunca volví a experimentar el pop de la misma manera tras oírla, y recuerdo muchas conversaciones con amigos, en paseos de curso, en el patio del colegio, en otros barrios suburbanos, intentando descifrar por qué esa canción nos provocaba aquellas emociones, y hoy hago mías las palabras de Guille Milkyway, líder y fundador del grupo de pop La Casa Azul: "Recuerdo cuando escuché "Help!" por primera vez, que sentí una excitación juvenil total".

Hoy vuelvo a cerrar los ojos y recordar esa piscina calipso arriñonada, el calor de fines de 1980, los amigos de los hermanos grandes del Talo lamentándose, la radio sonando en una cinta infinita de Los Beatles y siento que pasan cuatro décadas como si nada, como si todo fuera un disparo en una calle de Nueva York que detiene el tiempo y cierra la historia.

Esquéibor

Los skates llegaron a las dos cuadras de Vecinal para la Navidad de 1977. Lo que más nos sorprendía era el material de que estaban hechos: fibra de vidrio y ruedas de poliuretano, para nosotros, materiales casi espaciales, casi de la NASA, y sus colores eran modernos: amarillo fosforescente el mío, azul cobalto el de mi hermano. Hasta esos días los patines y las ruedas eran de fierro, y sacaban chispas sobre el cemento de la calle; chispas parecidas a las de los sopletes. Lo mismo los carritos que armábamos artesanalmente con restos de cajas de plátanos para competir con los niños de Versalles. Los skates eran otra cosa. Se deslizaban por el asfalto de manera suave, cool. De hecho, empezamos a sentir la calle de otra manera, ya no tanto como una vía, sino que como un espacio por el que desbordarse. La calle se había convertido en un ecosistema de movimientos, giros y 360º. Creo que esos aparatos fueron el verdadero inicio de la colonización estadounidense en mi entorno infantil.

El Talo llegó un día con una revista que quizá de dónde había conseguido, hecha con fotocopias, que contaba la historia de las patinetas, entre medio de un texto escrito con máquina de escribir y fotos como de impresión offset. Descubrimos tres nombres: Tony Alva, Stacy Peralta y Jay Adams, los muchachos que en California les habían puesto las ruedas de poliuretano a sus tablas de surf y habían inventado todo. La revista nos abrió el mundo: había gente en los Estados Unidos

que estaba haciendo lo mismo que nosotros. Ya no nos sentíamos el último barrio del planeta. Con atención reparamos en que esos cabros, los Z-Boys, invadían casas con piscinas o peladeros de concreto abandonados para saltar. ¡Saltar!

El Talo tuvo una maravillosa idea entonces. En la esquina de Vecinal con Apoquindo había funcionado una automotora. Ahora estaba vacía, la reja que la separaba de la calle era fácil de abrir y la mayor parte de su superficie correspondía a dos pastelones grandes de cemento, uno de ellos, unos cuarenta centímetros por sobre el otro. Pasamos meses tratando de dar el salto entre ambos, sin éxito. Nuestros skates eran demasiado estrechos, solo de diez centímetros de ancho, y no podíamos mantenernos en pie luego de saltar el desnivel. Nuestras madres se asustaron. Nos compraron rodilleras, coderas y cascos de materiales tan exóticos como los mismos skates, pero nosotros abandonamos el esfuerzo. No sería la última vez que un rodado juvenil nos diera la espalda: luego lo hicieron los patines y posteriormente las bicicross.

Enid Blyton

Hace tiempo descubrí que la fecha de mi nacimiento es la misma de Enid Blyton, el 11 de agosto. Eso explica tantas cosas. Es casi seguro que la gran mayoría de mis alumnos no conoce ese nombre. Y la explicación es sencilla. Enid Blyton (1897) fue la autora de libros infantiles, o mejor, preadolescentes, que fueron muy populares en las bibliotecas escolares chilenas en los setentas, pero estoy casi seguro de que nunca volvieron a editarse. Sus historias a menudo trataban de niños y niñas de unos 10 o 11 años que tenían clubes o contaban sus vidas en internados ingleses de la primera mitad del siglo XX.

Blyton escribió centenares de obras de este tipo, siendo sus series principales "Los Cinco" y el relato de las historias del internado Santa Clara. Sus relatos estaban cubiertos por una sensibilidad infantil inglesa y escolar que remitía a un tipo de experiencia que muchos creadores trataron de imitar con mayor o menor éxito, desde *Papelucho* a *Mampato*, llegando incluso a *Harry Potter*. Sería impensable Rowling sin Blyton.

En ciertas películas inglesas que se daban al mediodía en los canales nacionales en los setentas, se respiraba el mismo espíritu, pienso en las series *Azabache* o *Pony*, y por supuesto, en *Melody*, y en una obra maestra de la tele injustamente olvidada llamada *El amanecer de Mrs. Brodie*. Y también en dos películas de Peter Weir: *La sociedad de los Poetas Muertos* y, sobre todo, *El enigma de las rocas colgantes*. Como ven, muchas cosas se relacionan con la autora.

El editor Matías Rivas me dijo hace como cinco años algo que nunca se me olvidó, y que es para mí la mejor lectura de los lectores de literatura que existe. "Uno puede distinguir cuando una persona ha sido lector de chico, de cuando no". Y ahí hay una diferencia esencial. Los lectores de chico, pase lo que pase, siempre considerarán un libro que leen como "un libro más", esto es, otro libro leído entre tantos otros. Los lectores "profesionales", en tanto, cuando leen un libro lo leen como "un libro menos", esto es, como un elemento que tarjar de una lista hipotética de los libros que "hay que leer", para ser culto. Esta idea, que es finalmente la que más me gusta de las cosas que dijo Cortázar en *Rayuela*, se entiende muy bien con la de Rivas. El lector que ha sido lector de niño no lee por la distinción, sino por gusto, por escapar, por inquietud. Y en su historia de lecturas no hay muchas diferencias entre haber leído *El tercer ojo* o *Moby Dick*, ambos son un libro más, no un libro menos.

Por eso vuelvo a Blyton. Si me exigen, una manera de distinguir entre lectores originales, de aquellos profesionales, mucho mejor que preguntarles si conocen *La broma infinita* es si alguna vez, por el solo placer, leyeron a Enid Blyton (o algo equivalente, convengamos en que ella solo fue popular en los setentas y primeros ochentas), y con ella fantasearon con ser unos niños ingleses que resolvían misterios en el internado en 1930. El resto, en realidad, importa poco.